



MADRIGUERA

Editor: Javier Yániz Ciriza.

Consejo editorial: Carmen Baleztena, María Encío y María Pérez.

Ilustraciones: Verónica Barreneche, Nerea Álvarez, Valeria Solano y Axel Jiménez.

Relaciones públicas: Ana Sánchez-Reig.

Pamplona - Cuarentena marzo 2020

Índice

<i>Mis días deben tener un final</i>	6
<i>Madriguera</i>	8
<i>Playlist</i>	10
<i>Concierto No. 1</i>	14
<i>Ansiaba tanto este silencio</i>	16
<i>Se repite el día</i>	18
<i>Nunca te fallará</i>	20
<i>Otro tipo de alegría</i>	23
<i>Maldito Diógenes</i>	24
<i>Con otra melodía / Vuestro destierro</i>	25
<i>H. H. / H. I. / G. B.</i>	27
<i>The note</i>	29
<i>Covid-Barajas o el deseo de Ícaro</i>	34
<i>Cristal</i>	35
<i>Tertulias sobre un tablero de ajedrez</i>	37
<i>Lo sé</i>	38
<i>Aislamiento</i>	40
<i>Pájaros</i>	42
<i>Dignidad</i>	44
<i>Despierta</i>	45
<i>Bambalinas</i>	46
<i>No es la primera vez</i>	48
<i>Ya no tenemos el poder del fuego</i>	50
<i>En este cielo de dentro</i>	52
<i>El nacimiento de la poesía</i>	54



Esta antología compila algunas creaciones literarias compuestas durante las primeras semanas del aislamiento domiciliario ocasionado por la pandemia mundial del coronavirus COVID-19.

Pretende ser una recopilación de poemas y relatos que ayude como entretenimiento a los lectores que permanecen en sus casas reclusos.

Nuestros textos buscan ser una brisa en las **madrigueras**.

Javier Yániz

Pamplona, 1999

MIS DÍAS DEBEN TENER UN FINAL

*Siehe, meine Tage sind
einer Hand breit vor Dir,
und mein Leben ist wie
nichts vor Dir.*

Ein Deutsches Requiem de Brahms.

Las horas en este encierro
se suceden al son de Brahms
desatendiendo al ritmo
como si bailaran una chacona,
quizá solo desfilen
mostrando sus vestidos de gasa
y los tocados de plumas de avestruz.
Mis días son como la palma de tu mano,
limpios y aburridos, expectantes.
En el aislamiento aprendimos a oír
el crujir del parqué,
aquel acordeón de mi vecino
que a las seis toca el *libertango* de Piazzola,
el balón de mi hermano golpeando

los cuadros de flores
que hizo a punto de cruz mi madre
hace más de diez años,
el arrullo de las palomas en concilio,
allá en los parques,
determinando el racionamiento
de las migas de pan.
Todos los sonidos, el espacio,
nuestros pensamientos
quedaban filtrados
por un amplificador.
Al terminar este confinamiento
ha de ser el exterior nuestro.
Hoy, bajo el cielo platino de Pamplona,
parece sonar un réquiem
y, sin embargo, esperad al desfile
de nuestra liberación.
¡Amigos! la calle será nuestra.

Ana Sánchez-Reig

Barcelona, 1996

MADRIGUERA

Y rascas, rascas y arañas,
desgarras vísceras, te arrancas las entrañas.
Todo porque el fuego aúlla allí afuera
y tragas muerte a bocanadas.

Rascas, arañas desgarras,
una salida,
arrancas tierra, rebosan tripas.
Arañas y rascas buscando un mañana.

En la noche del fuego, el bosque se vistió de negro y escarlata. Todo empezó por querer sacar al zorro de su madriguera. Reunieron hojas secas y pinaza. Los perros estaban inquietos en ese proceso, tratando de meterse en el agujero, pero el animal de allí dentro los sacaba a mordiscos. Hubo que atarlos para que dejaran de incordiar. Terminaron de reunir la yesca y, con el mechero, la prendieron. Nadie supo predecir cuando la piña estalló, lanzando un millar de chispas en todas direcciones. Nadie pudo apagar a tiempo esas pequeñas llamas, que fueron lamiendo cada hoja seca que encontraban y haciéndose más grandes. Quisieron pisotear al fuego, pero olvidaron controlar la matriz, que dejó la madriguera para instalarse en el árbol cómodamente. Chispazos y crujidos llenaron el aire de una musicalidad ominosa, el *O Fortuna* de la naturaleza enfurecida. Abandonaron a los perros, aullantes, a su suerte. Con los ojos enloquecidos, saltaban, roían las cuerdas y ladraban a la bestia

roja, tratando de amedrentarla. Pero la roja devolvía las dentelladas, famélica de la humedad de sus carnes.

La quimera reptó de un lugar a otro, llenando el verdor de un otoño violento. Creció para abandonar el lugar de su nacimiento. Aún cubrían sus faldas la entrada a la madriguera. El zorro seguía ahí dentro, con sus crías. El agujero era un nido de humo, y el animal rascaba frenético tratando de huir. Varios de sus cachorros habían muerto asfixiados, y solo quedaba uno, lloriqueando. El zorro trató de ir al exterior, pero una bofetada de calor le hizo retroceder. Subía y bajaba, bajaba y subía, cada vez más frenético. Otra piña estalló, y derrumbó definitivamente el parapeto que le impedía la salida, soltando una riada de brasas y chispas que hicieron chillar al animal. Abandonó definitivamente su madriguera, sus ratas a medio comer, sus cachorros asfixiados. Se quemó las almohadillas en los cuatro saltos que le costó salir de allí.

El bosque se encontraba envuelto en un telón bermellón que el zorro jamás había visto. Todo estaba sumido en un olor de brasa, ceniza, carne quemada y orín, lleno de pánico y muerte. Cada paso lo sumía en dolor, pero cada paso, percibía, lo alejaba de las llamas. Brasas caían de los árboles sobre su piel, como nieve rabiosa, que marcaban su pelaje anaranjado del negro más profundo.

Se dejó llevar. En el agua, al menos, sus llagas dolían menos.

Cuando el fuego amainó y los cazadores volvieron a reconocer el terreno, en el lago encontraron flotando una maraña negra.

-Mira, Antonio, ahí está la chaqueta que perdiste.

Nerea Álvarez

Pamplona, 1999

PLAYLIST

LE CYGNE

Arrastrado por la bella melodía de Saint-Saëns, cerré los ojos. Soñaba con el olor de la brisa del mar, un augurio de lo futuro, y los abrazos de aquellos que ya no están.

Me transporté hasta aquel otoño en que, por primera vez, acaricié tus mejillas. Levanté mi mano poco a poco, y fui consciente de que estaban cuarteadas por el frío. De nuevo tímido por la sensación del ayer, dibujé en el aire tu rostro. Como un imán, los poros de tu piel se pegaban a las yemas de mis dedos. Me encontraba en el mismo paisaje, la misma libertad; solo que no estaba allí. Ya no. Oí que el sonido de tu risa se desvanecía, formando un eco en la oscuridad, mientras «*Le Cygne*» terminaba de sonar, las últimas notas chocaban contra el techo de mi habitación.

CELLO SUITE N°1 IN G MAJOR, BWV 1007: I. PRELUDE

Me tumbé en la cama, tratando de respirar, albergar algo de aquel espacio entre mis pulmones, mis alveolos, la tráquea, esperando a que la garganta soportase ese aire para darme el placer de vivir tan solo unos segundos más. Y aquí me encuentro, tres días más tarde, escuchando el preludio de este periodo de aislamiento; obstinado en la misma actividad. Inspirar, expirar, inspirar, expirar, inspirar, expirar... Déjame llenar una última vez mis pulmones, que no me falte el aire, que no me nombren en las noticias. Que mi cama sea mi cama y mi cuerpo mi cuerpo. Alargo mi mano hacia la música, y Chopin comienza a sonar.

NOCTURNES, OP.9: N°2 IN E-FLAT MAJOR. ANDANTE

Mi respiración comienza a calmarse, poco a poco. Los párpados me pesan más y más, casi como si el peso del edificio se hubiera

transferido a ellos. En el mundo exterior, no hay ruido humano, solo un par de pájaros tímidos que buscan disfrutar del sol. La calle está muda, los bosques, melódicos de la brisa de marzo. De vez en cuando, se atisba el movimiento de la ropa tendida en los balcones, esperando a secarse, ser recogida y doblada. El rugido de los coches fue devorado ayer, hoy apenas alguno ronronea.

Lo más triste son los niños. No se oye risa alguna, ni el jaleo de las tardes. Debe ser por los parques precintados. Pienso en mi familia y recuerdo que el cumpleaños de mi prima pequeña fue ayer. Acaba de cumplir 5 años, pero dudo que pueda celebrarlo más allá de una pequeña fiesta en casa. Mis abuelos deben estar viendo el televisor. Dentro del silencio, es reconfortante pensar que no hay nadie fuera. El silencio de ayer, de hoy, de mañana, es sinónimo de estar a salvo, de responsabilidad.

SYMPHONY N°40 IN G MENOR, K 550: I. ALLEGRO MODERATO

Me recuerda al revuelo de las últimas semanas. Hace apenas cinco días tuve que marcharme del supermercado sin la comida suficiente y con un par de moratones. Di gracias que no fuera a más. Si por esa señora hubiese sido me habría arrancado la mano por el bote de garbanzos que le arrebaté de la estantería vacía. Tenía una fuerza descomunal.

Recuerdo que volví a casa enfadada, tratando de no soltar demasiados insultos por la boca «¡Esa estúpida señora egoísta!»; ella, y el resto que no paraban de empujar y pelearse por unos rollos de papel. Puñetazos, bofetadas, se tiraban de los pelos, la ropa. Llegó un punto que una trabajadora, que estaba tranquilamente reponiendo, corrió hacia la multitud para intentar separarlos y se llevó un guantazo. En ese momento, llegó el caos: la batalla comenzó entre los trabajadores y los consumidores alterados por la situación. Se lanzaron rollos de papel higiénico unos a otros, se rompieron botes de espinacas, de lentejas, paquetes de azúcar, de sal, sacos de comida para el perro... conseguí deslizarme entre la gente y salir de allí corriendo. Reponían todas las mañanas, así que pensé en volver al día siguiente.

Mi sorpresa llegó cuando me los encontré a todos ellos de nuevo allí, comprando las mismas cosas que el día anterior, montando el mismo barullo. Creí que me había quedado atrapado en el tiempo observando la misma escena que el día anterior.

PLANO CONCIERTO N°21 IN C MAJOR, K. 467 "ELVIRA MADIGAN": II. ANDANTE

Todo eso ocurrió antes de que prohibiesen salir a la calle. Ahora todo está mucho más calmado y tranquilo, casi muerto; irónicamente, guardando más vida que nunca.

Pienso en mis amigos, que volvieron a su casa para no quedarse atrapados aquí. Uno viajó a Guatemala, otros a México, Italia, Corea del Sur, Japón, Polonia, Australia... se marcharon todos. Así están con sus familias, sabiendo que tras el encierro volverán las risas y la calma. Les llamo de vez en cuando para que sepan que debemos estar más unidos que nunca.

Una imagen recurrente me viene al pensar en mis amigos: la de los yogures con la cuerda. Esos vasos vacíos de yogur con una cuerda para poder escuchar en la distancia. Un teléfono infantil. Es como un juego de niños, sin preocupaciones, lleno de risas. Cuando hablo con mis amigos, pienso en ello: en la distancia, en el sonido. Sabes que están ahí porque los oyes, aunque desearías poder estar con ellos. Es un sacrificio más de la cuarentena, pero es un sacrificio temporal, es un sacrificio por ellos.

Sé que llegará el día en que el techo de mi cuarto no me aplaste con las horas muertas, en que mis paredes no se encojan y viva con el miedo de no volver a verte; de no volver a tocar tus mejillas en otoño. Un día en que vuelva a quedar con mis amigos, tomar café y ver óperas, observar el cielo estrellado y oír las risas de los niños por la calle. Un día donde podré abrazar a mis abuelos sin miedo, hablar con ellos y confortarles porque se hayan quedado sin vernos durante tanto tiempo. Un día donde vuelva a la universidad y soñemos con nuestro futuro, pasado y presente, sin creer que estará encerrado. Porque lo único que me conforta en estos momentos es pensar en ese día que llegará dentro de poco y en todo lo que puedo hacer para que ese «dentro de poco» sea lo más pronto posible.



Ricardo de Tomas

Jauja, 1999

CONCIERTO NO. 1

Salimos a aplaudir a los balcones,
algunos empuñan sus sartenes,
otros trompetas y tímboles;
sonidos que recuerdan
al *Amanecer* del Zaratustra.

El vecino de enfrente
embutido en un chaqué
empuña el palo de la escoba
a modo de batuta.

Oímos como se afina un *la*.
La sección de cuerdas
espera la llegada del concertino.
Algún impaciente
improvisa sobre *Aires españoles*.

Desde una claraboya de la iglesia
tiemblan los tubos del órgano.

El portal 53 actuará
como coro de niños
al llegar a la *Pasión según San Mateo*.
Desempolvamos las partituras y...

El desorden percutivo
sigue los movimientos
del director
pasando del dodecafonismo,
Schönberg y Berg, fundamentalmente,
al expresionismo, con el *Bolero*
entraron al ático un grupo de baile;
no se olvidaron de Beethoven,
nunca sonó igual la *Heróica*.
Al rato la señora que entre geranios
lee novelas de Galdós,
entonó un *Mild und leise wie er lächelt*
y una jota a San Fermín
que motivó más de una lágrima.
Bajo el cielo estrellado
sonó *O magnum mysterium*
cantado por toda la ciudad.
Se interpretó,
se vivió,
todo el repertorio clásico
en Pamplona.

Eduardo Francisco Marín

Murcia, 2000

ANSLABA TANTO ESTE SILENCIO

Llegaba cada noche
y me encontraba
regalos de su día a día:
mil palabras
resonando sobre mi piel,
cien abrigos
refugiando nuestro balcón,
un par de estrellas
alumbrando el corazón.

Pero el tiempo se paró,
la noche
le preguntó a la luna,
la tarde
se besó con el sol,
la mañana
se dio de bruces
con esta misma canción.

Y, ¿qué será de esas sonrisas?,
¿qué luz encenderemos?,

¿qué cima escaltaremos?,
¿qué verso con el alma besaremos?

La luz
de nuestro rincón,
en la lluvia,
una nota en do
y otra,
en la pausa
del arte y su silencio.

El arte de amar,
de relajarse sin prisas,
de guardarse
para después
querer y, a la vez, poder.

Porque este silencio
que suena,
que, sin ruido,
llena la comida y la cena
de mirar la normalidad
con los ojos
de un inocente,
puro y sencillo
poema.

Sara Olivas

Valencia, 1993

SE REPITE EL DÍA

con su reloj pospuesto
el café con leche entera
(ya no queda desnatada)
tostadas con tomate, aceite y sin sal
entrar a Twitter, Facebook e Instagram
y no ver nada más que lo que no quiero ver.

Padre va a por tabaco.
Producto de primerísima necesidad
no para él, sino para mí y para *Madre*
que le tenemos que aguantar.

Se repite el día.
Y me levanto y me siento y me acuesto
y me levanto y me siento y me acuesto.

Madre decide hacer limpieza
de muebles, de sábanas.
De almas no.

Se repite el día
y enciendo el ordenador y abro *word* y no escribo
y enciendo el ordenador y abro *word* y no escribo.

Padre fuma y ensucia.
Ya no hay dolor de espalda.

Madre friega y cocina.
El dolor de él se instala en ella.

yo

(*soyyoyasoysoyyo*)

36.6.

36.4.

36.3

Me duele la garganta del grito abortado en el folio en blanco.

36.3.

36.4.

36.6.

No hay fiebre.

Cristina Febrer

Sant Cugat del Vallès, 2001

NUNCA TE FALLARÁ

Antonio recorrió la calle despacio. A fin de cuentas, este sería su último paseo en unas semanas, quién sabía si en meses. Inspiraba profundamente, expirando el aire poco a poco. Quería aprovechar los últimos momentos de libertad. Cuando llegó ante la portería de su casa paró y llamó al interfono. Seguía haciéndolo por costumbre, aunque sabía perfectamente que era inútil: no había nadie en casa, no desde que ella... Cogió la llave y la introdujo en la cerradura de la puerta.

Pesaroso, subió las escaleras hasta llegar a su piso y al entrar depositó las bolsas de la compra en la cocina. Había comprado todo lo que le parecía necesario para sobrevivir las dos semanas que, al menos, debía estar encerrado en casa. Vació las bolsas despacio, debido a la edad y a que no tenía prisa. Cuando cada producto estuvo colocado en su sitio, sus pies le dirigieron al salón y, una vez allí, se sentó en el sillón. Encendió el televisor. No solía hacerlo, pero últimamente le ayudaba a no sentirse solo. El aparato no tardó en ser apagado porque las imágenes de las calles vacías hacían sentir al vicjo aún más solo.

Solo... estaba completamente solo. ¿Qué iba a hacer, dos semanas, solo? ¿Qué iba a hacer ahora que la ausencia de su esposa se haría más notoria? Desde que murió, dos meses atrás, se había distraído con las cartas y los abuelos del casal. Pero ahora no podía evitar enfrentarse a la triste realidad de que la casa estaba vacía.

«¡Venga, Antonio, tienes que animarte!» se decía a sí mismo, seguro que había algo que podía hacer aquellos días. Es verdad, no podía ir al casal a jugar a los naipes, pero podía leer, ver alguna película... Sus ojos recorrieron la sala mientras decidía qué iba a

hacer y, de pronto, se toparon con un objeto que adornaba el fondo del salón, y melodías de tiempos anteriores empezaron a sonar en su mente. Y si...

Se levantó del sofá y fue a coger su vieja bandurria, a la cual adornaba una capa de polvo, debido al tiempo en que esta sirvió más de decoración que de instrumento. ¿Sería capaz de volver a tocarla? No lo hacía desde que su mujer enfermó.

La cogió despacio, la acercó a su pecho y, agarrándola bien con ambos brazos, se dirigió al cajón donde guardaba las púas. Cogió una, fue a sentarse a una silla para estar cómodo y, una vez sentado, agarró el mástil con la mano izquierda, colocó el instrumento sobre sus piernas y con la púa en la mano derecha hizo vibrar las cuerdas. Un sonido disonante salió de la vieja bandurria, a lo que el músico respondió con una mueca en su rostro. Con paciencia, fue moviendo las clavijas, afinando así cada cuerda con delicadeza. Se preparaba mentalmente para el momento en que empezara a tocar. Pensó en la última vez que lo hizo, haría unos tres años, en el último verano que pasaron en el pueblo él y su esposa, antes de mudarse a la ciudad para estar cerca del hospital.

Con las cuerdas afinadas, se dispuso a tocar. Colocó los dedos sobre ellas, cerró los ojos, inspiró profundamente y, sin saber muy bien cómo, las notas pasaron de su recuerdo al instrumento. Una melodía dulce, íntima, inundó el salón. Como si siguiera una indicación de Euterpe, sus labios se abrieron para dejar paso a una voz grave, quebrada, pero preciosa. «Luisa», cantaba su voz. «Luisa», susurraba su corazón. Y en aquel pequeño salón, Luisa, su mujer, se hizo presente. Para ella había cantado, por su ausencia dejó de cantar, y ahora cantaría el resto de sus días para conservar su recuerdo.

A esta primera canción que había compuesto para Luisa cuando festejaban, le sucedió otra, y otra... Antonio no cabía de gozo en su cuerpo y sentía el impulso de cantar eternamente, a los cuatro vientos. Se sentía con la necesidad de que todo el mundo experimentara lo que él. Así que decidió salir al balcón de su casa, y cantar para los vecinos, para la calle vacía, para el mundo

encerrado en sus hogares, para Luisa que, con toda seguridad, ahora le escuchaba desde arriba.

Salió Antonio cada día al balcón a tocar. Se pasaba horas, recordando melodías, improvisando, componiendo. Cantaba, tocaba e inundaba el aire de belleza y felicidad. Salían los vecinos a sus balcones a escucharle o a cantar con él. Alguno, incluso, salió con su guitarra para acompañarle.

En algún instante, entre canción y canción, entre sonrisa y sonrisa, Antonio recordó aquello que le dijo su mujer una vez: «La música nunca te fallará. Te puede fallar el mundo, quien sea... pero ella nunca lo hará». Empezaba a entender por qué. La música le traía alegría, la compañía de los vecinos, le llenaba el espíritu, acercándole a algo divino... Le hacía sentir libre de las paredes de su casa. Pero sobre todo, gracias a ella ya no sentía que su hogar estuviera vacío, porque la música le traía el dulce recuerdo de su bella esposa, quien, sentía, cantaba con él desde el cielo.

José Lacarra

Pamplona, 1999

OTRO TIPO DE ALEGRÍA

Algunas afirmaciones que ilustran la hermosura de las flores son: Un jarrón con flores nos alegra o nos deja indiferentes, pero nunca nos entristece¹. Un salón con un jarrón de flores tiene más luz y siempre es más bonito que ese mismo salón sin un jarrón de flores.

A propósito del jarrón, las flores se marchitan. Haga la prueba. Compre un ramo de flores y colóquelo en un florero ¡Qué viveza los primeros días! Siempre que pase usted por la habitación afortunada no podrá no mirarlas de reajo, como mínimo. Después de tres o cuatro días su color se habrá apagado un poco. Luego caerán los primeros pétalos y en una semana y media estarán resacas y duras. No se apure, mantendrán su esbeltez y su elegancia. Aun marchitas, las flores siguen siendo hermosas; su luz no se extingue. Si bien es cierto que –cosa extraña– se vuelve oscura.

¹ Por favor renuncie al comentario tipo: «Sí que hay flores que entristecen: a mi abuela, que murió, le gustaban los narcisos, y me entristecen». Los narcisos ya no serían narcisos, en ese caso, sino un símbolo de la abuela muerta. No le entristecen, por tanto, los narcisos, porque ya no existe tal cosa para usted: Le entristece la abuela muerta. Estamos hablando de flores.

Sebastián Sánchez-Reig

Barcelona, 1995

MALDITO DIÓGENES

Guardo facturas y billetes de tren en una caja que me prometo, sin muchas esperanzas, que no tiraré en la próxima mudanza. La cuenta de ese primer par de cervezas que se convirtieron en una cena de madrugada. La razón de las ojeras del día siguiente y la sonrisa boba de nuestras caras.

Las entradas de nuestra primera película juntos. Reconozco que no me acuerdo de qué iba, pero sí de ese primer beso nervioso que nos dimos aprovechando que mi cabeza estaba sobre tu hombro. Todos los billetes de metro y autobús los tengo guardados en mi diario. Y junto a ellos anotaba lo excitante que era la cuenta atrás hasta tu parada. Tres paradas hasta su destino... Dos paradas... Una... Ahí está con su pelo de oreja a oreja y su sonrisa desordenada. Aún recuerdo como competíamos por dar el último beso, y de la venganza al día siguiente en forma de cosquillas.

En mi ceño aún se marcan la cantidad de veces que discutimos por no saber qué pedir para cenar, en mis brazos se pueden ver los trazos de tus dedos distraídos ¡Qué casualidad más bonita fuiste! Llegaste sin hacer ruido, pero haciendo que todos los de la sala nos girásemos para verte.

Maldita sea mi manía de vivir nuestros recuerdos a través del papel, con lo fácil que sería enterrarte con un par de vodkas, pero nos prometimos bajo la luz fluorescente de mi portal que seríamos el mejor postre.

Lo malo es que yo no me quedé satisfecho, me pregunto si podré repetir ¿y tú?

Carmen Baleztena

Pamplona, 2001

CON OTRA MELODÍA

La dulce melodía suena
invitándome a bailar,
anhelante te sonrío.

Despacio, no quiero
romper la magia del momento.
Despacio, muy despacio,
me acerco suavemente.

Me miras dubitativa,
te miro con deseo,
un paso más, estoy cerca.

Tranquila, no te haré
ningún daño irreparable,
pequeña, ábrete.

Mi mano, tu pomo,
nos miramos con timidez.
Esta vez no habrá baile,
quizá mañana
con otra melodía.

VUESTRO DESTIERRO

Despierto muy lentamente,
dónde estoy, qué es lo que ocurre
solo el silencio responde
y el viento me balancea.

Tímidamente abro el pico,
pero hoy no hay gusanos,
mi vecino ya no canta
y mi verde ciudad duerme.

Busco alguien con la mirada,
veo el cascarón vacío,
os fuisteis sin explicarme,
me quedé sola en el nido.

Dónde vais, qué os asusta.
Mis alas no os pueden seguir.
Volved de vuestro destierro
que yo os espero aquí.

Arturo Candamo

Soria, 1998

CITAS ENCLAUSTRADAS

H. H. (61)

Quemaron los *Cuadernos de Viaje*
cerca del Ilse,
sarcástica tierra de Harz,
dejando escapar aquel dodecaedro
lleno de cifras de tiza
encarcelado en San Estaban de Goslar.

(Borges lo nombraría Aleph).

H. I. (*H. G.*)

Entre las cenizas de su manuscrito
encontré una línea preservada
-Hedda no pudo exterminar el drama-:
«(un piano a la derecha, desnudo)».
Interpreté una pieza de Ligeti
a modo de réquiem.

G. B. (XIV)

Mi casa, una Florencia
donde reunirse
en soledad
durante el confinamiento.

Declamaremos versos
como los nobles del *Decamerón*.

Javier Viñeta

Pamplona, 1998

THE NOTE

“Deep down, inside of me, your remnants lie
Since days so long ago,
Dormant and fully unnoticed by my mind
Who’d thought you now long gone”.
-Yet another Prufrock
Shapeless dregs of memory - is it love?-,
They keep me wide awake and rapt tonight;
As darkness makes me wonder, makes me hope
To maybe obtain once more what I can’t find.
It’s not that I still care, don’t get me wrong,
I hadn’t thought of you for a long time:
Acquainted with your absence, aimless hole
I once had been used to, called it my life;
It’s just you reached me out and took me whole
-I told you, you can sometimes be too kind-,
And now I feel like owing to you more
Than I could ever give in my whole life.

Why did you feel the need to let me know?
Why, after such a long and distant while,
After the sweet caressing of the months

Cleansed my wounds, you bust them open wide?
I tell you: what my heart made me long so
Was fully eradicated by my mind
Upon the unending hours of the frost
Settled by your contempt those fateful times.
From loving to the point of going dumb,
To master holding off the unending cry:
So many nights between, and all were cold
As warm they used to be those summer nights.

I now declare the failure of that call,
Of that tremendous struggle of my mind
To stop the thrust of love, keep it on hold.
For ages peace had ruled; but without sign,
The rebel masses seem to've overthrown
Their upright ruler, Reason, by surprise
And taken the commandment for their own.
They have stalwart Feeling as their knight
Who now instructs my chest to fool around
And stirs the pot of memory in delight,
Uncovering that night precious stored,
The last we spent together, you and I...

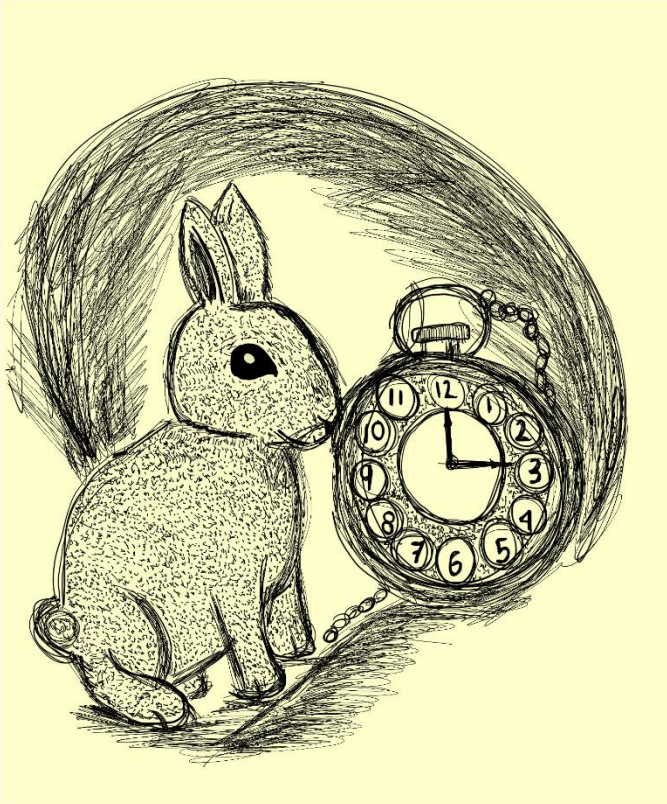
I easily get lost on that last ride:
You dropped me off so soon and far from home,
My fate now fully sealed; but though I try,
I still don't understand what had unfold'd.

Perhaps you just grew tired of false likes,
Of having to pretend you didn't know,
Mad at yourself you said: "I am too nice"
And mustered enough courage to confront
That urge so deep of you to always provide
The most sincere of services of all.
And, still speculating, maybe in light
Of my determination, fairly thought:
"He surely won't forget smile so bright";
And thus you sought the way to ease my loss
By taking it from me, your lovely smile.

If I'm correct, and hence 'twas not my fault
-God knows how much I want this to be right-
Even if this is true, I feel remorse
As, see, I didn't want you to be nice,
Not even for your heart to correspond
What, I must now admit, grew then in mine;
But just to be with you, to sit, to talk,
To get to know you better by my side.
It must have been too much, given your soul
Shared not this thought with me, and I comply;
Just felt that I should tell you, so you know.

And now's the perfect time, as we approach
The inevitable end of these poor rhymes.
There's just too many endings, ain't it so?

The ending of the beautiful blue sky,
The ending of those happy days of old,
The ending of the laughs and of the cries;
And, finally, the ending to end them all,
Now that I come across a certain find
-A trifle it may be, though uppermost
For he who had forgotten yet now strives
To get rid of his memories in awe-:
Not more than a quick note just to say bye.



María Fernanda Treviño

Saltillo, 1997

COVID-BARAJAS O EL DESEO DE ÍCARO

No hay mayor miedo que
el que uno ignora. Bajo la cama
los monstruos no se esconden.
Andan por ahí,
tan parecidos a mí. A mis palabras
que son también las tuyas.
Que me reciben en la aerolínea
negando mi derecho a volar.

* * *

Deseo unas alas de cera.
Aunque se derritan, al menos
no se infectan.

María Encío

Pamplona, 1999

CRISTAL

Tan frágil es la mente
como el cristal.

Tan tenue es el valor
como la suerte.

Querer y no poder,
la eterna encrucijada.

Libre de ataduras,
muere en la sajada.

Era la quinta vez que iba a verle al cristal. No sé si me podía más la impotencia o la pena, pero no soportaba verle ahí dentro. Me paré delante de la pequeña cristalera que separaba su espacio del mío y le busqué con la mirada. Miraba al techo, como siempre, sentado en la esquina de la sala, como escondiéndose de algo.

—Cifuentes, ¿qué hace?

—Estaba dando una vuelta por el pasillo, ya sabe, para estirar las piernas —nunca fui buena mentirosa—.

—Vuelva a su habitación.

No pude hacer más que agachar la cabeza y obedecer. Poco antes de llegar al final del pasillo un impulso hizo que diera la vuelta.

—¿Qué le pasa? ¿Por qué está ahí?

No obtuve respuesta. Por supuesto que no.

Volví por sexta vez al día siguiente. Y al otro. Y otro más. Hasta que perdí la cuenta. Le observé tanto que cualquiera podría pensar que era mi hermano. Y en todo aquel tiempo, no se movió. Dos enfermeras le movían de vez en cuando para que sus músculos no se atrofiaran por estar en la misma posición. A veces hasta le obligaban a andar agarrando sus brazos. Pero cuando se quedaba solo volvía a su esquina. Doblaba sus piernas y las abrazaba con fuerza. Ya estaba en su refugio. Ya estaba a salvo.

Jamás conseguí llamar su atención a través del cristal. Tampoco miraba nunca a los ojos a las enfermeras que le cuidaban, por lo que sabía que el problema no era que me tuviera miedo. Por lo menos no solo a mí.

Estaba atrapado. Encerrado más en su propia cabeza que por esas cuatro paredes. Y no veía salida. Tal vez la había, no podía saberlo. El castigo de su mente le atormentaba probablemente más que su causa. Le rompía poco a poco. Aquel chico no vivía. Creo que hasta dejó de pensar. Pero ya no podía volver. Se había perdido.

Apoyé la mano en el cristal como último intento. Había perdido toda esperanza en que el chico reaccionara. Yo me iría pronto y él nunca llegó a estar. Di unos toques en el vidrio, pero mis esperanzas se desvanecieron por completo al solo encontrar silencio.

—Está mejor —el doctor me habló por detrás—.

—Yo lo veo igual.

Volví la mirada de nuevo al cubículo. Me equivocaba. Tenía los ojos verdes.

Luis Enrique Alas

Pamplona, El Salvador y Guatemala, 2001

TERTULLAS SOBRE UN TABLERO DE AJEDREZ

A mi hermano

Ninguna noche tus victorias
sobre un tablero entre nosotros,
me alejaron de ti.

Pero cada vez me ganabas menos,
(sin ganarte nunca)
«Hoy estoy cansado» -repetías-
y al día siguiente igual.

Ahora yo,
que he huido de la casa de nuestros padres,
estoy lejos de ti y tu distancia.

Manu Pérez Matesanz

Madrid, 1993

LO SÉ

Debería estar escribiendo en casa
con las manos llenas de escarcha
o leyendo un librito de la Woolf
metido, bien metido
debajo de la cama,
ocultándome como un ladrón
y, sin embargo, son las 3 de la tarde
y camino empapado, plaza de Lesseps,
no hay niños,
las cajeras fuman en la puerta
de los supermercados,
los oficinistas comen
en los bancos
y yo ando e imagino a X
pisando charcos con los pies desnudos,
gritando palabras en francés
que jamás entenderé;
sacando cuadros de las alcantarillas,
retratos sucios de todas las personas
que me cortaron la respiración alguna vez,
personas que son yo pintado

de maneras infinitas:
pelo largo, labios rotos y sangrantes,
pómulos a carne viva .
«Tienes que firmar los cuadros»
-me dice X-, pero yo no tengo bolígrafo,
ni ganas
y ha dejado de llover.

Pablo Aduriz de Aramburu

San Sebastián, 1999

AISLAMIENTO

La puerta custodiada por quimeras con tricornio,
las paredes actualizándose al son de los aplausos
y los ladrillos evaporándose cual gemas preciosas.

Un olor ciega toda la habitación, todo el apartamento.
No por el tiempo que pasa, sino por los males
aquellos encerrados en el jarrón del que no puede deshacerse
mientras un burlado espíritu acecha más allá del oasis.

Encerrado en el sueño de cualquier viajero,
repudiado en la patria del soldado,
desterrado en su propio palacio
y escondido bajo su regazo;
el niño agoniza en el hielo cotidiano.

¿Es este el mundo de las ideas brillantes? Reino del sol que no
[ilumina.

¿Es esto el infierno? Reino de la oscuridad visible.

La soledad ha sustituido a Virgilio,
y el camino se ha quedado encerrado
en una constante espera,
una comedia de la que todos nos reíamos.

La lujuria se ha apoderado de los jóvenes reclusos,
la gula ha triunfado en los deportistas confinados,
la avaricia ha obligado al escritor (o no escritor) a buscar el papel,
la pereza ha dominado a los estudiantes lejanos de sus aulas,
la ira permanece en aquellos que son ignorados,
la envidia sobre el color rojo que siempre se temió
y la soberbia de los demonios tranquilizando a los ángeles
[esperanzados.

La prisión avanza más allá de los corazones
y la madriguera aparece como única ruta de escape.
Los demonios ya no se ríen como antaño,
ya no desfilan en contra de Dios, sino que ruegan por su favor.
Ellos encierran a los ángeles en sus jaulas,
no por miedo a sus milagros ni a sus poderes,
sino por temor a que su pureza, su preocupación y esperanza,
cambien sus alas rojas y moradas en plumas corrientes.

Marina Martín Sardón

Villagonzalo Pedernales, 2000

PAJÁROS

Llevo contemplando
a través del cristal
tantos años
que el paisaje y yo
ya nos conocemos
de memoria.

Puede parecer muy monótono
mirar siempre lo mismo
pero es único, cambiante
y está lleno de vida.

Siempre hay pájaros
en mi paisaje.
Saltan y vuelan
de un árbol a otro
buscando una casa,
comida, refugio.

A veces me he ido;
he abandonado
mi paisaje,

lo he echado de menos.

Pero siempre vuelvo
y los pájaros siguen
saltando y volando
de un árbol a otro
buscando una casa,
comida, refugio.

Y ninguno sabemos
que ni ellos ni yo
somos ya los mismos
(pájaros).

Fernando Pérez moreno

Madrid, 1986

DIGNIDAD

Si acaso se llama dignidad
a buscar alimento en la basura,
a sentir indiferencia ante el mal ajeno,
a apiñarse en pisos de 30 metros cuadrados,
a mantener el equilibrio sobre la cuerda floja.
Si acaso se llama dignidad
a llorar cada día en silencio,
a callar todos tus gritos de angustia,
a sonreír a pesar de todo el dolor,
a cerrar los ojos y apretar los dientes,
a inventarte motivos para perseguir la felicidad.
Si acaso se llama dignidad
a sentarse a esperar que pase el tiempo,
a mentirse cada día al despertar,
a darlo todo por sentado,
a implorar un poco de comprensión,
a sentirse solo entre la multitud,
a suplicar por un poco de cariño.
Si acaso se llama dignidad
a asentir y a agachar la cabeza,
a silenciar todas las muertes en nuestras costas,
a hacer cola en un comedor social,
a luchar por cada instante de nuestra vida.
Si esto es la dignidad,
yo no soy un hombre.

Valeria Solano Rodríguez

San José, 2000

DESPIERTA

*Que no le arranquen a uno lo que es de uno
que no se lo quiten de las manos.*

Amalia Moreno

Mira el reloj. Te has convencido de que eres su amo, que el presente y el futuro lo dominas tú. Despiertas cada día y sabes qué hacer, planeas días, meses, años. Un día como muchos despiertas y descubres que un infierno se ha abierto frente a tu puerta, esa que cruzabas todos los días corriendo de mala gana para no llegar tarde. Para muchos esa puerta se ha cerrado para siempre, para otros se ha convertido en la entrada a una madriguera donde ahora se refugian.

Tú y yo dentro de nuestro oscuro agujero temblamos como conejos asustados por un enemigo invisible que nos acecha como cazador. Y pensábamos que el presente y el futuro lo dominábamos nosotros... Tuvimos que empezar de cero, comenzamos a replantearnos todo y si tan solo hubiéramos cruzado esa puerta con más ánimo la última vez, y quizá si hubiéramos hecho algo, sería diferente.

Cuando nos quedamos sin luz y nos vemos obligados a refugiarnos, nuestros ojos tardan unos minutos en acostumbrarse a lo negro, pasado un rato las cosas empiezan a tomar forma, ojalá hubieras puesto la suficiente atención a tu puerta y a esa madriguera, para conocer cada detalle incluso sin luz. Pero, si no es así, si ese tiempo que dominabas no te alcanzó, mantén la esperanza y haz una promesa, el día en que puedas salir de tu refugio despierta, sal por esa puerta con ánimo y deseos de vivir, muestra tu amor, se amable, vive. Porque tu tiempo está contado. No vaya a ser que te arrepientas porque no hiciste lo que querías hacer.

María Pérez Ibáñez

Madrid, 2001

BAMBALINAS

Noche alta entre muros secretos.
Allí
donde el viento está encerrado
y la luz permanece escondida,
dulce oscuridad premeditada.
Existe un portal que nos guía
hasta un escenario libre y luminoso,
pero sin nosotros.
Yo no quiero marchar hacia él
porque a tu lado me siento yo, me noto bien.
Te noto a mí,
lejanía recortada adrede,
un roce de camisa no accidentado,
miradas incompletas que significan,
estrecho aire compartido por dos exhalaciones.
Navegan mis dedos en tus manos.
Ausencia de palabras inoportunas,
existencia prestada y contenida,
amaga de permanecer donde nos encontramos.
Nos interrumpimos con el eco
de respiraciones tranquilas,

confiadas.
Suspiros no domesticados,
el crujir de unas páginas al desdoblarse
y tu antebrazo conquistando el viejo marco de la puerta.
Inspiro el regusto que las horas pasadas dejan
en tu pelo.
Huelo las historias que pueden contarme
tus manos.
Muerdo los minutos que no se esfuerzan
por enmudecer.
Y tu aliento, desconocido a mi pesar,
me hace olvidar este sitio cerrado,
acogedor
nuestro
abandonado
en el vacío
lleno
salvaje
y aún sin descubrir.
Solo de los dos.

María G. Dionis

Madrid, 1995

NO ES LA PRIMERA VEZ

que estoy aislada.

Un día me aislaron por otro virus
que me infectó las meninges.
Luego me aislé porque ese virus
había llegado a la mente
y me había infectado el alma.

Pero sí, por primera vez,
mi confinamiento no es aislado
y no hay gente en las calles
porque están en los balcones,
en los hospitales, en las farmacias,
en los supermercados,
o en empresas a manos de inconscientes.

Ahora, cuando no llueve,
y a veces cuando llueve,
abro la ventana
y siento preocupación por los enfermos,
luego adrenalina por los aplausos,
después reflexión por los privilegios

y al final esperanza,
quizá utópica,
de que esta vez no seré yo quien crezca en aislamiento,
sino que crecerán en todos, por fin,
las ganas de cambiar las cosas.

Marta Castaño

Pamplona, 1988

YA NO TENEMOS EL PODER DEL FUEGO

Ya no tenemos el poder del fuego
sino el de lo invisible
ya no tenemos el huracán desbocado
sino el encierro forzoso
no tenemos la edad de los rostros en el espejo
sino las bocas cerradas
las muertes que vivimos a diario
en estas casas carnívoras
nuestra incapacidad de detener lo que crece
en las ciudades de dentro



Tul Holland

Málaga, 1999

EN ESTE CIELO DE DENTRO

En este cielo de dentro -sentada en la terraza- recuerdo aquellas letras de mi grupo favorito «Y si no hubiera nadie por las calles, nadie por las calles ¡qué poco importaría!» Quién me diría a mí que esta melodía se haría alguna vez realidad.

Pienso en todo lo que hemos vivido, en todos los cambios, en la consciencia de todas aquellas locuras; bodas por televisión, abdicaciones de reyes, Papas eméritos, renunciadas de herencias, atentados televisados, catedrales quemadas... Cuando España ganó el mundial de fútbol, la Eurocopa, las celebraciones del mundial de baloncesto aquí, unos puestos muy agradables y unos cuantos gallos en eurovisión, miles de festivales exitosos, curas de cáncer, ser líderes en trasplantes, cuatro elecciones...

Pienso en todas las risas que ahora oigo desde los balcones de mis vecinos, los aplausos que cada noche me emocionan, las fiestas de interior que cada noche se montan en mi barrio, lo muchísimo que debemos echar de menos todos la playa, ahí vacía, que vemos todos los días... Pienso en todas esas familias que ahora están juntas y que literalmente ahora no se pueden separar, esas fuerzas que salen de dentro para seguir, hacer de tripas corazón para perdonar, las videollamadas y el hablar con gente con la que hacía años que no lo hacía.

Pienso en todas las buenas oportunidades que cada uno tenemos en nuestra madriguera, en las rutinas que muchos cogemos, en los kilos que también cogarán, en cómo de bonito es ver crecer tan de cerca a los demás. No poder esconder nada porque ya no existe la soledad. Sonreír por los otros y ser conscientes de que esto no es por ti. Tener la fuerza de sacrificarte siempre, de ser generosos, de pensar en las personas que nos han dejado, y evitar que nos dejen más.

Vejo jugar al marco polo, al veo veo y gritar «hola fondo norte» a personas que nunca se han conocido, pero que saben que están unidos por una misma causa: salvarnos unos a otros una vez más.

Me acuerdo, de que en ese mismo disco, mi grupo favorito, tiene una canción que se llama *Si salimos de esta*, y entonces, me doy cuenta de que puede parecer que las cosas estén escritas y sonrío un poquito más fuerte que de normal.

Vivo en mi cielo interior, ojalá vosotros también.

Javier Ormazabal

San Sebastián, 1999

EL NACIMIENTO DE LA POESÍA

A través de aquella noche tan cansada
y mojada por la lluvia, psicodelia,
una copa de cristal yace pintada
por feroces pinceladas de nostalgia.

Carga un peso que soporta todo el día,
los susurros implacables del amor
reprimidos y cohibidos en un canto,
sentimiento condensado de otro autor.

¿Qué le ocurre si la lluvia no le llena?
¿Si no colma su apetito soñador?
¿No es en vano hablar con alguien que no piensa
y que toma su persona por un dios?

Pero pronto se sumerge en una fuente
con un agua abrumadora sin querer,
que no sacia sino encona a su paciente,
un paciente más que no logra beber,
un paciente que no puede comprender.

Pero pasa el frío invierno con el viento,
pasa el río como un tordo a un manzanar,
y se muda tal extraño sentimiento
en joviales vivas ganas de cantar.

Y ya canta la balada relegada
tras haber perdido el alma el corazón,
pues ¿qué hacer cuando por místicos senderos
oyes ecos de aquella vieja canción?

Es un algo que te llama inaplazable,
que te ataca cruel con voces de pasión,
que acompaña en un diálogo amistoso
y que enciende la salvaje inspiración.

El elixir en el cáliz somnoliento
se desborda y lanza lágrimas al vuelo,
que resbalan por su pecho como perlas
y modelan claras huellas en el suelo.

